

TRAMANDO LA URDIMBRE

Héctor Manuel Rodríguez Figueroa

El legado de Genaro Zalpa para la licenciatura en Sociología de la Universidad Autónoma de Aguascalientes es de calado profundo, ya que él estuvo ahí desde su gestación. Me tocó escuchar anécdotas de sus estudiantes de la primera generación de la carrera de cómo trastocó su vida el haber cursado materias con él, recordaban con especial ahínco aquellos viajes a realizar prácticas etnográficas a la rivera del lago de Pátzcuaro, recolectando mitos, historias, anécdotas, experiencias y viviendo en carne propia la cultura de una realidad distinta a la propia. Siempre añoré que me hubiera tocado realizar algo semejante durante mi paso por la licenciatura.

Después han sido décadas de explicarnos, con palabras sencillas y ejemplos claros, los difíciles planteamientos de las diversas teorías sociales a quienes terminamos ejerciendo la sociología desde diferentes trincheras.

A Genaro lo conocí en 2006, cuando me invitó a ser su becario para una investigación sobre la cultura de la corrupción. Desde la primera charla me transmitió una calma y sapiencia de aquellas personas que saben mucho, saben cómo transmitirlo y saben compartirlo.

Se ocupaba del uso laxo de la palabra cultura, que se utilizaba hasta para invocar a los demonios futboleros mexicanos con la frase “cultura del penalti”, para referirse a los motivos por los que las selecciones nacionales de hombres fallaban en las tandas desde los doce pasos en momentos decisivos. Ante tal uso “como un todo sumamente complejo” del concepto de cultura, proponía otro semiótico retomado de Geertz, es decir, como una red de significados, como la trama y la urdimbre que en contextos históricamente situados se hacen de los símbolos y sentidos que se le atribuyen a la realidad física, social y subjetiva.

Me enseñó, desde entonces, que la teoría de la acción social de Bourdieu señalaba que las estructuras generan *habitus* y estos generan prácticas, pero que como nosotros no estábamos peleados con Boudon entonces podíamos tomar su concepto de estrategia para apuntar hacia el otro lado, es decir, desde las prácticas se pueden generar estrategias para cambiar las estructuras o nuestra posición en las mismas (con consecuencias no buscadas o no advertidas de la acción).

Esos han sido aprendizajes significativos con los que he cargado el resto de mi trayectoria académica, los cuales tienen la función de ayudarme a pensar socioculturalmente tanto la teoría como la práctica. Ese es el gran impacto que ha tenido las enseñanzas de Genaro en mi vida.

Mi labor como su becario fue modesta, considero que pude haberme esforzado más, pero estaba ocupado de demasiadas cosas por aquellas épocas. Contribuí con lo que pude y años después acudí a la presentación del libro que fue fruto de aquel estudio: *¿No habrá manera de arreglarnos? Corrupción y cultura en México*. Lo primero que me cautivó fue el doble sentido del título, como aquella frase que usa el mexicano para sobornar a las autoridades y como aquella pregunta que debemos hacernos para plantearnos un proyecto de transformación. Recuerdo vívidamente su anécdota sobre el policía que dijo “Yo no pido que Dios me dé, sino que me ponga donde hay”, para

referirse a que le tocará una zona en donde pudiera “recolectar” más mordidas. Me gustó que, si bien había partido de la idea de relacionar religión, cultura y corrupción, al final del estudio se dio cuenta que no había suficiente evidencia de que la primera se relacionara contundentemente con la última, por lo que la diluyó del texto final.

Afortunadamente lo reencontré cuando cursé el doctorado en Estudios Socioculturales en 2016, en el que me impartió la cátedra sobre teorías sociales, en la que pude profundizar en sus enseñanzas, saber más sobre sus filias y sus desapegos teóricos.

En 2018 escribí una reseña sobre su libro de 2011 llamado *Cultura y acción social. Teoría(s) de la cultura*, en el que básicamente expandí aquellos saberes que me había transmitido una docena de años antes, con ayuda de ese recorrido que hace por las teorías sobre la cultura y entender cómo fue que desarrolló la propia.

Para cerrar este breve recorrido por mis recuerdos sobre Genaro Zalpa, viene a mi mente que siempre se ha referido a la cultura de su pueblo como uno de los catalizadores de su interés por explicarse por qué la gente piensa lo que piensa y por qué hace lo que hace. Paracho es un municipio de la meseta purépecha en el corazón del estado de Michoacán y el lugar de nacimiento de quien me inspira escribir este texto, en donde los sincretismos son la norma, en donde las expresiones culturales mezclan diablitos con catolicismo, instrumentos tradicionales con música contemporánea y así sucesivamente. La primera vez que lo visité quedé cautivado: es el lugar donde se fabrican guitarras de todas las categorías, desde las más comerciales para principiantes hasta las más elaboradas hechas por lauderos que han aprendido el oficio a través de varias generaciones; en sus talleres se escucha música clásica, te explican con lujo de detalle cómo las hacen y te atienden siempre con una sonrisa. Pues todas esas son características que veo análogas en Genaro.

